

hallar sino por el camino de una humildad sincera, de una obediencia fiel, y de una renuncia verdadera del mundo, no le busquemos por otros caminos sino por éstos. Esta es la ciencia que nos ilustrará, que nos santificará y que hará de nosotros hombres perfectos en la tierra y bienaventurados en el cielo.

## LA ADORACIÓN DE LOS REYES

*Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: ubi est qui natus est rex judæorum?*

Vinieron los Magos de Oriente á Jerusalem, diciendo: ¿dónde está el que ha nacido rey de los judíos?

(MATEO, c. 2, v. 2.)

Mucho quisiera, amados oyentes míos, hallarme con la ciencia suficiente, para explanar como se merece el asunto de la festividad que hoy celebra la Iglesia, poseyendo la elocuencia y la sabiduría de un San Jerónimo, ó alguno de esos patriarcas fundadores de las religiones regulares, que con el poder de su palabra y la unción que les prestaba la divina inspiración, arrancaban la convicción de cuantos los escuchaban, aumentando el número de fieles servidores del Señor. Pero si no me es dado poseer sus altas dotes, puedo poseer su intención, y procurar haceros comprender el suceso, cuyo aniversario celebramos, supliendo con ella la parte que me falte de su sabiduría y elocuencia.

Los acontecimientos de que tratan las Escrituras del antiguo y nuevo Testamento, y en especial los que se refieren á nuestro Señor Jesucristo, tienen un sentido material y un sentido moral. En el primero está sólo la simple exposición de un hecho histórico, ó de alguna acción rara y distinguida; y en el segundo está embebida siempre una lección moral puesta en relación mística con los sucesos

pasados, presentes ó futuros, que miran al culto debido á Dios y á las resoluciones de su justicia.

Entre estos sucesos llama muy especialmente la atención el de la adoración de los reyes magos, tanto en su parte material, como en la parte moral y mística; por eso la Iglesia lo celebra con tanta pompa, y entre los fieles suele ser tenido por tan grande como el del nacimiento del Hijo de Dios.

Asunto de esta naturaleza bien merecería ser celebrado por otro sacerdote más digno que el que ocupa esta cátedra; pero empeñado en llenarlo como sea posible á mis cortas facultades, me servirá de auxilio la atención y buena voluntad con que me escuchéis, en la inteligencia de que no voy á ser más que el intérprete de las doctrinas que sobre él nos enseña nuestra madre la Iglesia, ya en el Evangelio, ya en las exposiciones de los santos padres que lo han ilustrado. Os referiré el hecho material en sí; os explicaré su significación, y de uno y otro inferiré la doctrina sublime que en sí encierra y la necesidad de que todos adoremos, como lo merece, al Dios del cielo y de la tierra, según lo hace el santo rey David en las palabras de uno de sus salmos: *Adoremus Dominum qui fecit nos*; adoremos al Señor que nos ha criado.

Y para hacerlo dignamente, imploremos la gracia de su divina Madre, la cual á la manera que consiguió por su ruego que Jesucristo convirtiese en vino las vasijas llenas de agua en las bodas de Caná, conseguirá que me preste su divina gracia, para cumplir dignamente mi misión en este día. Con este objeto espero que uniendo vuestras súplicas á las mías, nos postremos juntos de rodillas, y la saludemos con el ángel, diciendo: *Ave Maria*.

El suceso, cuyo aniversario celebra la Iglesia en la festividad de hoy, es de aquellos, que ya sean considerados en la parte material, ya en la parte mística, indica una religiosidad y bondad de carácter, que hacen á los reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, unos varones dignos de consideración y de respeto.

Luego que nació Jesús, apareció en la Arabia, que está al Oriente de Judea, una estrella, que llamando la atención de los reyes magos ó sabios, que habitaban en aquel país, determinaron cada uno de por sí seguirla, movidos de divina inspiración.

Para mejor entender la venida de estos tres reyes magos ó sabios, es preciso tener presente que el territorio de Asia, en aquella parte conocida del imperio romano, estaba dividida en pequeños principados, ya con el nombre de reinos, ya con el de tetrarquías, ya con el

de procuraciones ó gobiernos, siendo algunos de sus jefes, unos tributarios del imperio, y otros absolutamente independientes.

En Judea reinaba Herodes, que era de los príncipes más famosos de aquel país, y que se distinguía, como la mayor parte de los guerreros, por un carácter ambicioso y celoso de su autoridad. Residía en Jerusalén, y á esta ciudad santa fueron conducidos por la estrella, aparecida en el Oriente, los reyes magos. Luego que entraron en la ciudad, principiaron á preguntar: ¿dónde está el que ha nacido rey de los judíos? No dejó de chocar en la ciudad judía, que hombres de tal representación y de condición gentil viniesen á preguntar por el que ha nacido rey de los judíos, para tributarle adoraciones. Todos se maravillaban, porque entendiendo la palabra rey de los judíos en el sentido material, no conocían más que á Herodes, y mucho más cuando aseguraban haber sido conducidos por una estrella y movidos por una inspiración divina. Cierto es que Jesucristo, no sólo era rey de los judíos y de todo el mundo, por ser el mismo Dios encarnado en la persona del Hijo, sino que podía serlo también como descendiente de David por parte de José y de María, como nos enseña San Mateo en el capítulo primero de su Evangelio.

Entendido el nacimiento de Jesús por los judíos como rey temporal, y no como fundador del nuevo reino de los ciclos, hacían extrañas conjeturas, y no acertaban ni podían acertar quién fuese el recién nacido que buscaban los magos; pues reducida la descendencia de David, por la cautividad de Babilonia, á la pobreza que hemos visto en San José y María, á quienes Dios se dignó elegir por ascendientes, no podían imaginar pretensiones al reino temporal en sujeto tan humilde; y en cuanto al reino espiritual, estaban demasiado ciegos para pensar en la venida del Mesías, á pesar de que así lo anunciase la paz universal en que estaba entonces el mundo: *Toto orbe in pace composito.*

Habiendo tenido noticia el rey Herodes de la llegada de los magos y del objeto que traían, trató de indagar el fundamento y el origen de aquel suceso, y al efecto hospedó con magnificencia á los reyes magos, y devorando dentro de sí mismo el temor de que naciese quien le quitase la corona, que con complacencia del emperador de Roma obtenía, les hizo muchas preguntas acerca de la estrella que les había traído á Jerusalén, y del tiempo en que les apareció. Informado por los magos, que con la sencillez y verdad de hombres de buena fe nada le ocultaron, convocó el sanedrín ó concilio de los judíos, compuesto del sumo pontífice, los príncipes de los sacerdotes, ancianos, escribas, fariseos y doctores de la ley, y les consultó sobre

la voz que habían extendido los reyes de la Arabia, diciendo que venían guiados de una estrella en busca del rey de los judíos que acababa de nacer, según ellos.

Los pontífices y doctores, habiendo examinado las sagradas Escrituras, no descubrieron la venida de otro rey más que la del Mesías, y que éste había de ser descendiente de la casa de David y nacer en Belén, según anunciaba el profeta Miqueas, cuando dice en el capítulo quinto: *y tú, Belén, tierra de la tribu de Judá, no eres la más pequeña entre las ciudades, porque de ti saldrá el que ha de ser Señor de Israel.* Oída esta respuesta por Herodes, dijo á los magos que en Belén era donde había de nacer el rey de los judíos que buscaban, y á quien traían intención de adorar; y les advirtió que si le hallaban, como parecía por el anuncio de la estrella y la inspiración divina que los había traído á Jerusalén, volviesen á darle conocimiento de dónde residía, porque él también quería adorarle. Así hablaba Herodes; pero otros eran sus sentimientos, porque él solo pretendía descubrir dónde estaba Jesús para asesinarle. ¡Ah malvado Herodes! ¡qué bien mereciste las tribulaciones y castigos que sufriste en los últimos días de tu vida, y las desgracias que acabaron después con toda tu descendencia! Así les sucederá á todos aquellos que, movidos de la ambición y del deseo de mandar, buscan los que creen han de servirles de estorbo en su tiránica dominación, y por inocentes que sean tratan de clavarles un puñal asesino.

Habiendo salido de Jerusalén los reyes magos, se les apareció la estrella que los había guiado hasta aquella ciudad, y les fué precediendo como antes, hasta llegar al establo de Belén, donde se paró esparciendo una luz más viva y refulgente. Contemplando los magos este fenómeno, y sintiendo renacer en su corazón una alegría divina, imaginaron entrar y adorar á Jesús en aquella habitación humilde, obrando como verdaderos sabios que eran, y no deteniéndose á la vista del pobre aspecto del albergue, donde residía aquel á quien iban á buscar. Bien pueden aprender en los santos reyes los hombres llenos de vanidad, que tienen reparo de entrar en la habitación del pobre, temiendo que su categoría quede rebajada, porque para ellos la categoría no está en las dotes espirituales, sino en las riquezas y pompas exteriores, que la mayor parte de las veces suelen ocultar mucha podredumbre y corrupción de espíritu.

Mostraron también en esta decisión los santos magos que no venían á buscar un rey temporal rodeado de fausto y vanidades, sino al verdadero Mesías, que había de venir al mundo para reinar en espíritu sobre todas las gentes.

Entrando, pues, en el establo, encontraron al niño Dios, á quien hallaron acompañado de su madre Maria y su esposo José, y le adoraron como á Dios y le reconocieron por su rey. Entonces fué cuando abriendo sus cofres y derramando sus tesoros, le ofrecieron oro, mirra é incienso, cosas preciosas y tenidas en grande estima por su valor material, y que simbolizan la caridad, la oración y la mortificación, según la opinión del sumo pontífice San Pio V.

Graves consideraciones se ofrecen á la vista del espectáculo que presenta un niño pobre, recién nacido en un establo, recibiendo las ofrendas de los reyes extranjeros; y mayores se hacen todavía, al ver que estos reyes no pertenecen al pueblo ni á la religión de los judíos, que era entonces reconocida como la verdadera y la mejor; infiriéndose de aquí la parte mística y religiosa de este acontecimiento. Me ocuparé en explicar las ideas, que sobre este asunto enseñan los santos padres de la Iglesia, cumpliendo como mejor pueda el ofrecimiento que hice para la segunda parte de mi propósito.

Á la primera vista se conoce que en este suceso ha influido la mano poderosa del Dios de las alturas; á cuya voz se desatan las tempestades, tiembla la tierra, siguen los astros su curso y se conmueve el firmamento; porque la estrella que guió á los magos, fué un suceso extraordinario y milagroso; lo fué también la inspiración divina que los llevó á los pies de Jesucristo, y lo fué la calidad de los dones que se pusieron á los pies del recién nacido; oro, mirra é incienso, que significan, como os dije con San Pio V, la caridad, la oración y la mortificación.

Según los padres de la Iglesia, en la estrella que apareció á los magos, se descubre esa luz del Evangelio tan pura y tan brillante, que si la seguimos sin perderla de vista, nos llevará derechos á los pies del Salvador, haciéndonos agradables en su presencia, para que nos dispense la gracia de recibir los dones á sus pies. ¿Quién siguiendo la luz de la doctrina evangélica, como los magos siguieron la estrella que los guió á los pies del rey de los reyes, no está seguro de alcanzar, tarde ó temprano, la gloria inmortal de gozar de la presencia del Justo por excelencia? ¡Ah! no lo dudéis, hermanos oyentes: si desechando las pasiones del mundo; si separándonos de esas ciudades que hoy pueblan por desgracia nuestra nación de vicios é iniquidades, cual era la Jerusalén dominada por los escribas y fariseos, nos proponemos seguir el buen camino, auxiliados por la luz del Evangelio, lograremos, como los reyes magos, llegar á la presencia del Señor.

La circunstancia de ser inspirados por Dios unos reyes extranje-

ros, en lugar de los judíos que pertenecían á la religión, que era entonces la verdadera, fué nacida de que Jesucristo quiso manifestar que, aunque nació judío y descendía de judíos, no se limitaba su venida á la salvación sola del pueblo judaico, sino que se extendía á la de todas las gentes que habitaban la tierra. Su caridad ha sido en esto, como en todas las virtudes que manifestó, infinita.

La inspiración que tuvieron los reyes magos para venir á adorarle, fué benéfica para los pueblos encomendados á su cuidado, porque así principiaba á destruirse la idolatría, que tenía corrompidos la mayor parte de los pueblos de la tierra.

Naciendo pobre, obscuro y desconocido para los judíos, y presentándose Dios y Rey á los reyes que vinieron á adorarle, quiso significar también el estado de ceguera de los judíos y gentes de su país, que no hubieran cedido á la verdad, aunque se les hubiera presentado una estrella, y una voz interior los hubiera inclinado á seguirla.

La confianza que mostró Jesucristo á los gentiles es semejante (si puede haber semejanza entre Dios y los hombres) á la confianza que solemos mostrar á nuestros amigos y extraños, con preferencia á los de nuestra propia familia; pensamiento que se expresa también en el Evangelio, cuando dice: *Nemo est propheta in patria sua*; ninguno es profeta en su patria.

Parece que un instinto fatal impulsaba á las gentes principales que gobernaban al pueblo judío, para declararse contrarios á cuanto viniese por parte de Jesucristo. Cuando los fariseos y escribas contestaron á Herodes que en Belén había de nacer el Mesías, y que había de ser rey de los judíos, le ocultaron que este Mesías había de ser Hijo de Dios, temerosos de que creyendo en él, le adorase como los magos, y siguiendo las doctrinas del nuevo venido, persiguiese las iniquidades y monopolios que ellos hacían en el templo con las ofrendas del altar, mostrándose en esto más perversos que el tirano Herodes, porque ellos podían saber que el rey recién nacido debía ser Dios, y Herodes creía sólo ver en él un pretendiente á su corona.

Teniendo, pues, tales jefes la religión judaica, no era difícil que el pueblo que administraban, se mostrase incrédulo, vicioso é incorregible, porque si un ciego guía á otro ciego, los dos caerán en el hoyo.

Huyamos de seguir la conducta de los infames fariseos, si no queremos ver crecer nuestra malicia y nuestra ceguera hasta el punto que creció en ellos, cuando á sabiendas, y por sólo satisfacer intereses mundanos, renunciaron á la luz, y no quisieron conocer al Mesías que vino al mundo. Bien se infiere que los gentiles tenían más fe,

como lo demostraron los magos; porque éstos fueron á adorar á Dios movidos por un impulso interior, y los judíos no quisieron adorarle, á pesar de que veían escrita su venida en los libros de los profetas, y que por los signos que aparecían, y consumación del tiempo predicho por ellos, el rey que buscaban los magos no podía ser otro que el Mesías, anunciado como redentor y salvador del género humano.

Examinemos ahora los ricos dones que se ofrecieron por los magos en el establo de Belén, como una ofrenda tributada á Dios en quien creían. Era uno de ellos el oro; y ya consideremos este precioso metal como instrumento de caridad con nuestros semejantes, ya como un signo de poder, porque poderoso es en la tierra el que lo obtiene; encontremos que no sólo era precioso materialmente, sino por el símbolo que representaba. Si es la caridad, es la primera de las virtudes, y si es un signo de potestad, es como si se ofreciesen á sus pies las testas coronadas de la tierra.

El incienso, ese precioso aroma que se prodiga en los altares, es una materia estimada por sí, y lo es mucho más por el símbolo que representa. Considérese representante del sacerdote que transmite á Dios las paces de los pueblos, ó considérese como la oración misma, cuando el hombre se pone en comunicación con su Criador, por medio de las palabras ó por medio de éxtasis, es también una ofrenda digna de Dios, porque representa lo más sagrado entre los hombres, que es el sacerdote, y lo más divino del espíritu, que son los éxtasis de la oración y de la contemplación.

La mirra, representante de los dolores y de la mortificación en la tierra, parece ser ese signo de expiación y penitencia, que esparcido por la naturaleza, cumplen todas las criaturas, obedeciendo la ley fatal, que heredaron los hombres, desde que la desobediencia de nuestro primer padre Adán, hizo nacer el pecado original y nos legó el terrible castigo que Dios transmitió á los hombres, cuando le dijo: *in sudore vultus tui vesceris panem*; comerás el pan con el sudor de tu rostro (1).

No es holocausto menor en el sentido místico aquel en que ofrece el hombre la mortificación de sus miserias y de sus padecimientos, porque los méritos que alegamos los hombres en la vida para hacernos aceptables á los ojos de aquel, que ha de compensar nuestros afanes en cualquier sentido que sea, son las mortificaciones que padecemos con el fin de purificarnos expandiendo nuestras culpas.

Os he demostrado con la simple relación histórica del suceso, en

(1) *Gen. c. 3, v. 19.*

que los reyes magos, guiados por una estrella, fueron á adorar al Salvador, ofreciendo á sus pies oro, mirra é incienso, y con las interpretaciones místicas, de acuerdo con las doctrinas de los santos padres, la excelencia de los símbolos que representan las personas y objetos que concurrieron á la adoración de Jesús: acontecimiento grande, magnífico, digno de ser celebrado por la Iglesia, y que demuestra de una manera evidente, que desde el nacimiento de nuestro divino Redentor hasta su pasión y muerte, todo es interesante y digno de contemplación.

Pensad, si no, en un niño pobre y desvalido, con un establo por mansión y un pesebre por cuna, y los reyes de la tierra derramando á sus pies los más preciosos dones. Este espectáculo, si no es nada para un Dios, que mira siempre desde su alto trono la nada de las testas coronadas, y las infinitas generaciones que nacen, viven y dejan de existir, es para el hombre raro y extraordinario, porque no acostumbramos á ver á los poderosos de la tierra dotados de la humildad y de la fe, que tuvieron los santos reyes magos en tal día como hoy. Generalmente vemos vacilar al rico y al poderoso antes de entrar en la casa del pobre, y con más frecuencia los vemos todavía vacilar en la fe que debemos á los preceptos é inspiraciones del Evangelio.

Pero no sigamos tan errados caminos, amados oyentes; sigamos la luz del Evangelio, cual los magos siguieron la estrella que se presentó en el Oriente: obedezcamos los preceptos de la ley de Dios, como obedecieron los impulsos divinos los gentiles que llevaron al Señor los dones, que le negaron los que poseían la ley de Moisés y los escritos de los profetas. Si por este medio conseguimos no perder de vista el camino recto, practicaremos la humildad y la piedad que demostraron los santos magos, y nos haremos aceptos á Dios, adquiriendo méritos en esta vida, para conseguir la gloria que os deseo á todos. *Amén.*

## PRESENTACIÓN DE NRO. SR. JESUCRISTO EN EL TEMPLO

*Et postquam impleti sunt dies purgationis eius secundum legem Moysis, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

Y después que fueron cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, lo llevaron á Jerusalem para presentarlo al Señor.

(S. LUCAS, c. 2, v. 22.)

Al paso, hermanos míos, que Jesucristo avanza en edad, se cumplen sucesivamente las profecias que le anunciaban en la tierra. Hoy aparece por primera vez en su templo el Dominador, ese ángel del Testamento, anunciado por Malaquías. Hoy llega el Deseado de las naciones á llenar de gloria su morada, y concede al segundo templo un honor, que el primero no recibió nunca. Pero no se ostenta con el brillo de su gloria, ni inunda el templo de un luminoso vapor, que ofusque la vista de los sacerdotes, ni los turbe en las funciones de su ministerio, como cuando tomó posesión de él en tiempo de Salomón. Se presenta solo, conducido en los brazos de una madre tímida y modesta, y en el estado más pobre. Pero ¡cuánta majestad y cuánta grandeza están encerradas en aquella humillación aparente! El Eterno, rodeado de todo su esplendor, recibe en el cielo los homenajes, la adoración y los transportes de respeto, renovados sin cesar, de los espíritus bienaventurados; pero hoy se le tributa sobre la tierra un honor mucho más grande, porque es un Dios el que viene á prosternarse y á confundirse ante él, trayéndole con sus votos la ofrenda de toda su persona. Contemplemos este espectáculo imponente, de un Dios adorando á Dios. ¡Qué sentimiento tan profundo nos hará concebir de la Majestad divina! Pero no nos detengamos á mirar la parte exterior de esta solemnidad; penetremos en su espíritu, y considerémosla como cristianos, no cual una teoría inútil, sino estudiando las

instrucciones que encierra; porque nuestros sublimes misterios, por su naturaleza, no sólo ofrecen á nuestra fe verdades que profesar, sino que envuelven en sus verdades augustas las más importantes lecciones y las reglas más saludables para vivir como Dios manda. En nuestra divina religión, los dogmas y los preceptos están esencialmente unidos; la doctrina más elevada es el fundamento de la moral más pura, y lo que se nos manda practicar es siempre una consecuencia de lo que debemos creer. Sigamos en espíritu á Jesús en el templo de Jerusalem, y meditando sobre la augusta ceremonia que allí se cumple, fijemos nuestra consideración en la sumisión de Jesucristo, modelo de la sumisión que nosotros debemos tener, y en la ofrenda hecha de Jesús á Dios, imagen de la que debemos hacerle de nosotros mismos. *Ave María.*

En la obediencia de que Jesús nos da hoy un ejemplo, encontraremos todos los caracteres que debe tener la nuestra. En cuanto á la obediencia pronta, Jesús no hace más que nacer, y ya le vemos sometido á todas las observancias prescritas á su nación. De este modo confunde todas las dilaciones que afectamos cuando, no pudiendo absolutamente sustraernos á la ley, retardamos cuanto nos es posible el cumplimiento de sus preceptos; dilaciones que concluyen casi siempre por apartarnos de su observancia. Si consideramos esta obediencia de Jesús en lo que tenía de voluntaria, vemos que él mismo es ofrecido, como lo habia anunciado un profeta; porque tal fué su voluntad. En la efusión de su alma, dice á su Padre: «Los holocaustos no te son agradables; he aquí que yo vengo. Está escrito de mí que yo cumpliré tu voluntad; yo lo quiero, ¡oh Dios mío! y llevo tu santa ley en medio de mi corazón.» Nosotros debemos, pues, no una sumisión servil, á la que los divinos preceptos arrancan por fuerza prácticas penosas y repugnantes, sino una obediencia espontánea, que produzca el sentimiento del deber, que sostenga el de la gratitud y que despierte, anime é inflame el del amor. Nosotros debemos, uniendo nuestra voluntad á la de Dios, no arrastrarnos con disgusto, sino volar con las alas de la caridad por el camino de los mandamientos. En cuanto á ser su obediencia absoluta, vemos que el Espíritu Santo ha dicho, por boca del apóstol Santiago, que faltar á un solo punto de la ley es violarla completamente; y la razón es muy sencilla; porque con cualquiera falta se desconoce, se ultraja y se ofende á la autoridad que ha dictado la ley. Cuando Jesús observa con una fidelidad escrupulosa hasta los menores preceptos del judaísmo, ¿cómo tenemos valor para sostener la temeridad de nuestras desobe-

dencias a la ley cristiana? Si queremos ser cristianos, es preciso ser verdaderos discípulos é imitadores de Jesucristo: como discípulos, debemos observar completamente todos sus mandatos; como imitadores, debemos seguir sin distinción todos sus ejemplos.

«Santifícame, había dicho el Señor, todo primogénito entre los hijos de Israel, tanto hombres como animales, porque todas las cosas son mías.» Esto nos descubre, así el motivo de la ofrenda, que es el dominio soberano de Dios, como su objeto, que es el de reconocerle. Dios tenía derecho sin duda á exigir que se le ofreciese todo, porque todo le pertenece; pero se había contentado con mandar que se le hiciese la ofrenda de los primogénitos, como en prenda y señal perpetua de su propiedad universal. Todas las madres venían á presentarle, en reconocimiento de este dominio, lo que tenían de más precioso, que era el primer fruto de su fecundidad. El primogénito, el jefe de cada familia, era en esta ceremonia el representante de la familia entera. Consagrado á Dios por esta ofrenda especial, se consideraba como el gerente de toda la familia, y quedaba como en rehenes de la dependencia que ésta debía tener. Así se perpetuaba en la Sinagoga el pensamiento del soberano dominio que Dios ejerce, y que sólo él debe ejercer sobre todos los hombres.

Sometiéndose Jesucristo á esta ley, reconoce por sí y por toda la familia de que es el jefe, el soberano dominio de Dios. Pero la oblación que hoy se hace de su persona es de un orden mucho más elevado que la de todos los demás primogénitos de Israel, y su ofrenda mucho más excelente que la de éstos. Consideremos este misterio augusto; que cuanto más penetremos en él, descubriremos más grandeza y mayores testimonios de la bondad infinita de nuestro Dios.

Jesús es ofrecido hoy, hermanos míos, no sólo como el primogénito de María, sino como el jefe de una nueva raza, que principiará en ella: como jefe de toda la raza humana. Jesucristo viene á tomar posesión de su título de primogénito de toda criatura, de primogénito entre todos los mortales, y se presenta en el templo de Jerusalén, para constituirse en jefe del cuerpo de la Iglesia, hacerse su origen y ocupar en todo el primer lugar. ¡Idea sublime de San Pablo, y muy honrosa para nosotros! Jesucristo nos hace á todos hermanos suyos; no formamos con él más que una sola familia, de que él es el primogénito, y en el misterio que hoy se celebra ejerce la primera función propia de este título. Ese niño débil, aislado, pobre y en extremo humilde es el representante de todo el género humano, y al ofrecerse á Dios como el primogénito entre nosotros, nos ofrece á todos con él, y de este modo venimos á formar parte de su ofrenda. En esta ce-

remonia, á los ojos de su eterno Padre, todas las generaciones pasadas, presentes y futuras constituyen su cortejo, y él se presenta al frente de la humanidad, ante el ara sagrada, para depositar allí la confesión de su dependencia y el homenaje debido al dominio soberano de Dios sobre todas las criaturas.

En la ofrenda que hoy se hace de Jesús descubrimos también otro carácter, que la distingue de todas, colócala en una categoría especial. Todas las demás oblationes eran por su naturaleza propia insuficientes. Por precioso y estimado que pudiera ser el objeto ofrecido, no expresaba sino de un modo muy imperfecto la dependencia de la criatura. Diremos más: todas las criaturas reunidas y ofreciéndose á un mismo tiempo, no podían presentar á Dios un homenaje proporcionado á su grandeza. Por grandes que fueran sus esfuerzos, por muchos que fuesen los votos y sacrificios que llegarán á ofrecerle, quedaría siempre una inmensa distancia entre los honores que se le pueden tributar y los que Dios merece; por grande y fervoroso que fuese su culto, quedaría siempre un inmenso vacío, que jamás podrían llenar. Pero Jesucristo, presentado á su Padre, salva toda la distancia. Bajo ese velo de humanidad, que le oculta á todos los ojos que no sean los de la fe, es un Dios el que se ofrece, y el Dios Padre recibe al fin en este día por vez primera un homenaje digno de su grandeza. Su dominio supremo es reconocido tan plena y perfectamente como lo debe ser, y el holocausto que se le ofrece es tan sublime, tan puro, tan grande, tan perfecto y tan infinito como el mismo Dios. ¡Misterio admirable, que excede á todos nuestros pensamientos, porque llena completamente la medida de nuestra obligación hacia la Divinidad! Hombre como nosotros, Jesucristo presenta á su Padre, por nosotros, el homenaje de nuestra sumisión; Dios, como su Padre, le tributa un homenaje igual á su soberanía.

Ese Sol de verdad, caminando hacia su horizonte, disipa por grados todas las sombras en que se hallaba envuelta la ley mosaica. El nos da á conocer, en el misterio de este día, cuál era el objeto y el término de la oblación de los primogénitos de Israel. Esta oblación era la figura y el símbolo de la que un día debía hacer de su persona el primogénito de las naciones; él que, viniendo para reunir las á todas en una sola religión, las ofrecía todas en él y con él. Estaba prescrita, para que el Hijo de Dios se encontrase comprendido en la ley, y el Dios Padre pudiese así recibir una ofrenda proporcionada á su majestad suprema.

Esta ofrenda de Jesucristo nos presenta todavía una consideración muy importante. Ella parece no tener nada de riguroso. Jesús es lle-

vado al templo, presentado á Dios, rescatado á precio de dos tortollas, y en seguida vuelven á llevarle á la casa de José. Toda la exterioridad de la ceremonia no anuncia nada de excesivamente severo; pero penetremos en su interior, y examinemos el espíritu con que Jesús se ofrece á su Padre. Él se ofrece con el pleno y distinto conocimiento de todo cuanto esta oblación debe llevar en pos de sí, se ofrece para ser el humbre del dolor y para reunir en su persona todos los males procedentes de la venganza divina. Al ofrecerse, confirma el empeño que había contraído en su circuncisión, de cumplir todo cuanto de él había sido profetizado. Se hace la víctima de nuestras culpas y comienza sus sacrificios. Todo sacrificio comprende dos cosas esenciales y distintas: la oblación y la inmolación. La inmolación se verificará un día sobre el Calvario; la oblación se verifica hoy en el templo. Existe una relación íntima entre la presentación y la crucifixión, y es que existe la misma víctima, el mismo pontífice, el mismo Dios y el mismo sacrificio, que comienza en este día y será consumado entonces. Cuando Jesús, cumpliéndolo, exclame desde lo alto de su cruz, dirigiéndose al universo, entero y á todas las futuras generaciones: «Todo se ha concluido», acercará los dos términos de su holocausto, y reunirá en estas palabras toda la grande y penosa obra que comienza hoy y se obliga á terminar.

Al ofrecerse Jesús por nosotros á su Padre, no nos ha dispensado de ofrecernos nosotros mismos. Por el contrario, nos lo impone como obligación y hace de ello un deber general. Ya no son, como en la ley de Moisés, sólo los primogénitos los que deben ser ofrecidos á Dios; Jesucristo, llenando las observancias legales, las ha hecho cesar todas, lo mismo ésta que las demás. Como él ha sido su cumplimiento, también ha sido su término. Desde el instante en que la verdad se ha mostrado, las figuras, ya inútiles, han debido cesar y desaparecer. Pero si nosotros no conocemos ya esa oblación ceremoniosa de los primogénitos de cada familia, otra oblación, mucho más sagrada, hace que nos consagremos todos al Señor. Nuestro bautismo nos ha dedicado á él por el doble sello de la adopción que ha hecho de nosotros, y del empeño que nosotros hemos contraído. Yo os conjuro por la misericordia de Dios, decía el grande Apóstol á los romanos, para que ofrezcáis vuestras personas como una hostia viviente, santa y agradable á Dios. Nosotros debemos esta ofrenda bajo dos conceptos: por ser criaturas de Dios y por ser hijos suyos. Como criaturas de Dios, no podemos negar que, siendo él el Autor de nuestro ser, también es el árbitro de nuestro destino. El tiene sobre nosotros (y esta comparación, muy débil todavía para expresar su dominio su-

premo, es de San Pablo) el poder que el alfarero tiene sobre la arcilla que con sus manos labra; él puede, según su pura voluntad, hacer de nosotros vasos de honor ó de ignominia. Es, pues, un deber para nosotros, como lo era para los judíos, el reconocer esa autoridad absoluta, y hacer la humilde confesión de nuestra completa dependencia. Todo lo que somos, todo lo que tenemos, nos viene de él y es de él. Esta máxima, en que fundó el Señor el mandato de que le ofreciesen los primogénitos, *todas las cosas son mías*, es una máxima tan cierta en el cristianismo como en el judaísmo. Dios es dueño de disponer de todo á su antojo y según los designios de su providencia. La elevación ó la humildad, la fortuna ó la pobreza, la salud ó las enfermedades, la prosperidad ó la desgracia, la alegría ó el dolor; los bienes ó los males; él distribuye y otorga todo lo que quiere, á quien quiere, cuando quiere y como quiere. Nosotros no podemos responder á sus decretos, por rigurosos que nos parezcan, sino lo que respondía el gran sacerdote Heli: «El es el Señor; que haga lo que es bueno ante sus ojos.» En nuestra cualidad de cristianos, le pertenecemos más especialmente todavía y por un título mucho más precioso. Hechos por nuestro bautismo hijos suyos y hermanos de Jesucristo, le debemos la misma sumisión que Jesucristo le ha manifestado, el mismo homenaje que el Salvador le ha rendido; es decir, la ofrenda absoluta de nuestras personas y de todo lo que poseemos.

La ofrenda de nosotros mismos es la que principalmente debemos hacer á Dios. En efecto, de todo cuanto poseemos, lo que menos nos pertenece y lo que más pertenece á Dios somos nosotros. Nuestros bienes, nuestros honores, nuestros empleos y nuestros conocimientos pueden considerarse, hasta cierto punto, como nuestra propia obra, porque hemos contribuido, en cuanto estaba de nuestra parte, á proporcionárnoslos; pero nuestras personas son completa y absolutamente obra de Dios. El solo las ha formado por su poder y él solo las conserva por su acción continua. Sólo Dios se pertenece á sí mismo, porque sólo él existe por su propia virtud. De ese dominio esencial de Dios sobre nosotros y sobre nuestro propio ser resulta necesariamente el homenaje que estamos obligados á rendirle de nuestras personas, y sólo para con él tenemos esta obligación. Nosotros podemos deber á los hombres todo lo demás, nuestros cuidados, nuestros servicios, nuestros bienes, nuestra libertad, y alguna vez hasta nuestra vida; pero la ofrenda de nuestro propio ser, de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos, no podemos ni debemos hacerla más que á Dios. El se ha reservado de una manera especial ese fondo de

nosotros mismos, lo quiere para sí, y nos manda que se lo consagremos á él, pero á él solo.

Esta oblación de nuestras personas á Dios tiene por regla la que Jesucristo hace hoy de la suya, y por medida la del dominio de Dios sobre nosotros; es decir, que debe ser absoluta y completa, sin condición ni limitación alguna. Jesucristo se ofrece todo entero al sacrificio mas doloroso. ¿Osaremos exceptuar alguna cosa de nuestro homenaje, cuando él no exceptúa nada del suyo? El dominio de Dios sobre nosotros es universal; luego la ofrenda que sirve para consagrarlo, también debe serlo. No le hacemos en ello ninguna donación, sino una ofrenda que él se digna agradecer, aun cuando lo que se le ofrece es suyo. La reserva de un solo interés, de un afecto, de una pasión, hacen nuestra ofrenda, no sólo insuficiente, sino hasta criminal. Este es el hurto en el holocausto, que Dios aborrece, como formalmente lo declara. Nuestra oblación debe comprender todo lo que él nos ha dado, y por lo tanto debe consistir en todo lo que tenemos y en todo lo que somos.

Este es el espíritu que nos debe guiar al meditar sobre esta augusta ceremonia. Jesucristo, ofreciéndose como el primogénito entre nosotros, nos ofrece á todos á su Padre. Unámonos á su oblación y ofrezcámonos con él y como él. Sometámonos con la misma resignación á todos los rigores que la voluntad divina nos envíe; contraigamos al pie del altar el empeño que contrajo allí Jesucristo, de recibir con sumisión las tribulaciones, los pesares, las pérdidas, los dolores, las enfermedades, las calumnias, las persecuciones, todos los males, en fin, con que tenga á bien afligirnos. Y aún no es esto todo. La ofrenda de nuestras personas á Dios comprende esencialmente la promesa de ser suyos con fidelidad y constancia, y de apartarnos completamente de todo cuanto pudiera alejarnos de él. Nosotros le consagramos todas nuestras facultades: nuestra inteligencia, para que él sea el objeto principal y el último fin de nuestros pensamientos; nuestro corazón, para que él sea el centro de todas nuestras afecciones; nuestra voluntad, para que ella sea siempre conforme á la suya; nuestra memoria, para reanimar continuamente nuestra obediencia por el recuerdo de sus preceptos, y nuestra gratitud por el de sus beneficios; nuestro talento, en fin, para que hagamos de él continuamente el uso que él nos prescribe.

Todavía hay otra circunstancia en la oblación de Jesucristo, á la cual nos importa mucho conformar la nuestra, y es, que quiere ser ofrecido por María. Nosotros, á ejemplo del Redentor, hagamos por medio de ella nuestra ofrenda. Sus brazos maternos, que llevaron

á Jesús al altar, sean los que nos lleven á nosotros, que también somos sus hijos, al pie del altar celeste. Nuestro homenaje, presentado por ella, adquirirá un precio infinitamente mayor; se purificará al pasar por sus manos, y nuestros votos alcanzarán todos nuestros deseos cuando vayan unidos á los suyos, que no son otros que merecer algún día ser presentados en la eterna mansión de la gloria. *Amén.*

## JESUCRISTO EN BRAZOS DE SIMEÓN

*Et ipse accepit eum in ulnas suas et benedixit Deum.*

Entonces él mismo lo tomó en sus brazos y bendijo á Dios.

(S. LUCAS, c. 2, v. 28.)

Vengo, hermanos míos, en estos momentos á llamar toda vuestra atención acerca de las últimas palabras del Evangelio, en que se nos refiere la presentación de Cristo en el templo. Este Evangelio nos muestra á un santo anciano, Simeón, á quien el cielo revelara que no moriría sin haber visto al Mesías, y que al encontrarse en el templo con la Sagrada Familia, reconociendo por inspiración de lo alto, al prometido de las gentes, en el niño que cobijara el establo de Belén, tomando en su brazos al recién nacido, le contempló extasiado, y dijo llorando de placer: *Ya, Señor, morirá en paz vuestro siervo, según vuestra santa promesa, pues he alcanzado la dicha de ver al Salvador, que concedéis al mundo, al que destintáis para ser expuesto á la faz de todos los pueblos, como luz de las naciones y gloria de Israel.* Entremos, hermanos míos, con verdadero espíritu de fe y recogimiento en la consideración de estas últimas palabras del Evangelio, puesto que en nuestra divina religión la doctrina más elevada es el fundamento de la moral más pura, y lo que se nos manda practicar es siempre consecuencia de lo que debemos querer. *Ave María.*

Acto sublime y momento de gozo fué aquel, hermanos míos, en que un anciano venerable, reverenciado más por sus virtudes que por su avanzada edad, y animado por el Espíritu divino, distinguió, entre todos los niños que eran llevados diariamente al templo, á aquel que sólo se diferenciaba de los demás por su pobreza, y levantándole y estrechándole contra su corazón, manifestó su alegría y reconocimiento. La Escritura nos hace notar cómo había merecido la dicha que en aquel gran día disfrutaba. El esperaba con una fe ardiente, enteramente confiado en la palabra divina, al que debía ser el consuelo de Israel, y suspiraba por el feliz momento en que apareciera en la tierra su libertador. Lo que era el objeto de su fe y de su esperanza es hoy su recompensa. El Mesías por quien suspiraba, es al fin visto por él y reconocido al través de los velos que le ocultan. Ya lo tiene cerca de sí, lo estrecha entre sus brazos, y penetrado del sentimiento de su felicidad, la manifiesta por sus transportes de júbilo.

¿Tenemos nosotros la fe viva de que aquel venerable anciano nos da tan sublime ejemplo? ¿Estamos nosotros animados del fervor que á él le transporta? ¿Aquel Jesús, objeto de todos sus deseos, ¿lo es también de los nuestros? ¿Es nuestro Salvador, como lo era de aquel anciano? Nosotros tenemos aún más motivos que él para ser inflamados en el amor del Redentor. Lo que para Siméón fué sólo una promesa, para nosotros es una realidad; nosotros poseemos y disfrutamos lo que él esperaba. El no conoció á Jesús más que en la aurora de su infancia; nosotros conocemos toda su vida, la doctrina admirable que enseñó al mundo, los milagros con que asombró á la Judea, y su amor hacia nosotros, de que nos ha dado pruebas tan brillantes y multiplicadas, hasta el punto de sufrir por nosotros una muerte tan ignominiosa como cruel. ¿Por qué entonces nuestra fe es tan débil y tan tibia? Reanimémosla con el ejemplo de aquel anciano venerable; trasladémos en espíritu al templo de Jerusalén, en el momento en que tiene lugar aquella interesante escena. Contemplemos el maravilloso contraste del anciano y del niño; del anciano, que en el niño que tiene en sus brazos reconoce á su Dios, le adora y le celebra por medio de sus cánticos. Aquel Jesús, que excita los interesantes transportes de Siméón, está continuamente en medio de nosotros. Si se oculta á nuestras miradas bajo las especies eucarísticas, como se ocultaba á las suyas bajo el velo de la infancia, también se revela á nuestra fe, como se reveló á aquel sacerdote. Recibámosle, pues, con los sentimientos de gratitud y de amor de que aquel hombre santo estaba animado; y dichosos como él de poseer el bien supremo, repitamos con el mismo fervor su cántico admirable.

*Ahora, Señor, despílate ya en paz á tu siervo, según su palabra; por que han visto mis ojos tu salud, la cual has aparejado ante la faz de todos los pueblos. Luz para ser revelada á los gentiles y gloria de tu pueblo, Israel.* Las primeras palabras de Siméón son la expresión de una alegría, demasiado abundante para que él pudiese contenerla dentro de sí. No parece sino que reune en sí solo toda la alegría que debiera experimentar el género humano. Al fin obtiene cuanta felicidad había deseado en el mundo; ya nada espera en él, porque aquel momento acaba de colmar los deseos de toda su vida, y no pudiendo ya disfrutar de otra ventura, después de la que goza en aquel momento, no aspira á otra cosa que á abandonar la tierra. Habiendo recibido ya en ella todo el premio que podían esperar sus virtudes, no le queda más que ir á recoger el que le aguarda en el cielo. Después de haber visto á su Dios con los ojos corporales, el único bien digno de sus deseos es que su alma vaya á reunirse con él por toda una eternidad.

El santo anciano celebra al niño que en sus brazos lleva, como al que debe ser la luz que esclarecerá á todas las naciones, y será la gloria de la nación israelita. Así Isaías, contemplando en espíritu el día que Siméón estaba viendo en realidad, exclamaba: *El pueblo que caminaba entre tinieblas ha visto una gran luz; los que habitaban en la región de las sombras de muerte, han visto nacer la luz sobre ellos.* Así el sacerdote Zacarías, viendo la aurora de aquel día grande en el nacimiento de su hijo, había dicho pocos meses antes: *El sol naciente nos ha visitado desde la altura de los cielos, y viene á iluminar á los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte.* El vivo resplandor que Jesucristo ha derramado por el universo ha disipado completamente todas las tinieblas esparcidas en él por el espíritu del error; tinieblas que se habían condensado al cabo de tantos siglos. A la luz del sol de la verdad se desvanecen todas, así las tinieblas de la idolatría, como las del fanatismo, las de la superstición y las de las pasiones. Al resplandor de su luz bienhechora el hombre ha visto todo lo que le importaba ver sobre la naturaleza de Dios y sus infinitas perfecciones, y ha visto con más claridad aún su propia naturaleza, su origen, su fin y sus relaciones con Dios y con sus semejantes. A Jesucristo es á quien el universo debe esos dogmas sublimes, que asombran la razón sin rebelarla, y que la exceden sin contradecirla; esa moral pura, que alcanza sobre todos los puntos la perfección, sin excederla en ninguno, y ese culto majestuoso, que anima á la piedad sin hacerla degenerar nunca en superstición. Todo lo que el género humano posee en materia de luces y en los objetos más esenciales á

la virtud y á la felicidad, nos lo ha venido á traer ese niño, presente hoy en el templo. Él ha reformado las nociones falsas, ha rectificado las que adolecían de inexactitud, ha perfeccionado las defectuosas, ha completado las insuficientes, ha fijado las inciertas y ha dado claridad á las oscuras. El es, en una palabra, según la expresión de su evangelista, *la verdadera luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.*

Israel es el que ha tenido la gloria de dar al universo esa luz brillante; gloria sublime, que sólo á él pertenece; prerrogativa insigne, de que ningún otro pueblo ha tenido la dicha de participar. Otras naciones han podido dar á la tierra conquistadores que la hayan devastado; la Judea le ha dado un Dios, que la ha reconciliado con el cielo, y la ha sometido sin violencia alguna á sus leyes benéficas. Y este pueblo ciego ha desconocido toda su elevación, se obstina todavía en desconocerla; no ve que todo lo que tiene de celebridad le proviene de Jesús, y teniendo entre sus manos las Santas Escrituras, no comprende que ha sido formado sólo para Jesús, ni se quiere convencer de que Abraham no fué instituido padre de una gran nación, sino para que todas las demás naciones fuesen benditas en su raza, Abra al fin los ojos, y contemple la revolución obrada por Jesús en el universo; revolución la más extendida en sus consecuencias y realizada por los medios más inconcebibles. Vea, por último, un culto nuevo, nuevas verdades, nuevos principios, y hasta nuevos imperios y nuevos intereses; en una palabra, la faz de la tierra enteramente cambiada á la voz de Jesús. De aquel rincón de la tierra, casi ignorado, de aquel pueblo, separado por sus leyes y por sus costumbres de todos los demás pueblos, es de donde todo esto ha salido. ¡Y él es, sin embargo, el único que cierra los ojos á tantas maravillas! Insensible á su gloria, es también insensible á su humillación. En medio de la ruina de su ciudad y de su templo, predicha por Jesús; en el estado de oprobio á que hoy se halla reducido, se obstina todavía en no reconocer la mano que sobre él pesa y que perpetúa el castigo de su deicidio.

Si Jesús es, como dice Simeón, la gloria del pueblo judío, no lo es menos del pueblo cristiano. Lo que somos, ó, por mejor decir, lo que deberíamos ser, á él se lo debemos. Por él somos hijos de Dios y herederos de su gloria. Reconoced, cristianos, decía un santo padre, la dignidad de vuestro estado; y hechos partícipes de la naturaleza divina, no degeneréis de ese alto grado de elevación. Sirvanos de lección provechosa la terrible ceguedad del pueblo judío. No perdamos jamás de vista, como lo ha hecho él, el principio de nuestra verda-

dera gloria. Sosténganos á la altura del estado á que Jesucristo nos ha querido elevar, el pensamiento de la dignidad con que nos honra, y sirvanos el sentimiento de nuestra grandeza, y la esperanza de nuestro eterno destino para no hacer cosa alguna que sea indigna del Señor.

## HUÍDA DE JESÚS Á EGIPTO Y DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

*Surge et accipe puerum, et matrem ejus,  
et fuge in Aegyptum.  
Levántate, y toma al niño y á su ma-  
dro, y huye á Egipto.*

(MATHEO, c. 2, v. 13.)

¡Cruel Herodes! ¿Por qué temes que venga un Dios á reinar entre los hombres bajo una forma visible? *Crudelis Herodes, Deum regem venire quid times?* ¡Ah! no viene por coronas percederas el que trae á los hombres una corona inmortal: *Non eripit mortalia, qui regna dat caelestia.* Y sin embargo, apenas ha sabido que el rey de reyes acaba de aparecer para reinar en Israel y ocupar el trono de David: *Audit tyrannus ancicus adesse Regem principum, qui nomen Israel regat, teneatque David regiam;* apenas, digo, ha oído hablar del reinado de Jesús, cuando vivamente conmovido, fuera de sí mismo, y exaltado por el furor: ved aquí, exclama, ved aquí un competidor que viene á disputarme la corona y á suplantarme; todo está perdido, vedme destronado, mi reinado se ha concluido. Ministro de mis venganzas, acude, vuela, ármate con la espada, é inunda de sangre todas las cunas: *Exclamat amens nuntio, successor instat, pellimur; satelles, i, ferrum rapt, perfunde canas sanguine.* Pero ¿de qué le sirve á Herodes tan profunda maldad, dureza tan atroz? En medio de semejante carnicería, entre tantas víctimas, una sólo se libra del furor del monstruo, y

ese es justamente el que quería hacer padecer. *Quid proficit tantum nefas, quid crimen Herodem juvat? Unus tot inter funera impune Christus tollitur.*

En cuanto á vosotros, benditos seáis, flor y primicias de los mártires; alabanza y gloria os sean tributadas, ¡oh vosotros que en vuestra aurora fuisteis segados por el hacha perseguidora como rosas nacientes por impetuoso torbellino! *Salvete, flores martyrum: quos lucis ipso in limine, Christi insecutor sustulit, conturbo, nascentes rosas! Vos otras, tiernas víctimas, vosotras, rebaño de corderos inmolados por el nombre del Salvador, vosotras tan sencillas é inocentes, vosotras reposáis en el altar sagrado, esperando que venga el día del triunfo, jugando con las palmas y las coronas que habéis conquistado sin saberlo por vuestra muerte gloriosa. Vos prima Christi victima, grex imolatorum tener; aram sub ipsam simplices palma et coronis luditis.*

Estos maravillosos acontecimientos que canta anualmente la Iglesia en sus himnos sagrados, van á sernos referidos en este día por el historiador del Evangelio.

Comencemos. Pidamos antes los auxilios de la gracia. *Ave Maria.*

La Santa Familia, hermanos míos, había vuelto á su patria. La ciudad y la dichosa casa de Nazaret habian, pues, recobrado al huésped incomparable que bajado del cielo de una manera invisible á su afortunado recinto, se había asentado de allí para producirse y ver la luz del día en otra parte. María y José tenían por fin la satisfacción de poder ofrecer al divino Niño una camita, una cuna, ciertas comodidades que les había sido imposible procurarle en el establo de Belén. Ya recibían las visitas, las felicitaciones, las bendiciones de sus amigos, de sus parientes, y de todos aquellos á quienes atraían la belleza, la gracia y no sé qué cosa divina que resplandecía en el rostro, en la traza y los modales de aquel amable Niño. Ricos con este tesoro, María y José eran felices en tal situación, y su casa era para ellos un paraíso anticipado. Yo no podría decir cuánto duró esta felicidad completa; pero es seguro que duró pocos días, porque una noche, mientras José reparaba sus fuerzas de las fatigas del día, en la calma de un sueño pacífico, el ángel del Señor se le presenta y le dice: «Levántate, coge al niño y á la madre, huye á Egipto y no salgas de allí hasta que yo te avise; porque Herodes manda ahora buscar á ese Niño para hacerlo morir.» ¡Oh Dios! ¡huir! ¡Y huir hasta Egipto! ¡Huir por librar de la muerte al Salvador de la vida! ¡Huir por sustraer de las asechanzas y de la cólera de un rey mortal al rey del cielo y de la tierra! ¡Ah! ¿por qué no descarga antes el rayo en la

cabeza del impío Herodes? ¿Por qué la espada de la venganza celeste no hiere esas manos sacrílegas que osan atentar contra la vida de un Dios? ¿Por qué?... ¿Por qué buscar la razón de los impenetrables pero siempre sabios designios de un Dios, que habiéndose dignado tomar forma humana, no se desdeña de emplear para la conservación de sus días, las precauciones, los medios ordinarios de la prudencia humana?

Con la terrible nueva que el ángel le anuncia, José se despierta, sale de su lecho, y sin perder momento, corre á dispartar á su esposa, y la informa de la dura necesidad de proveer sin tardanza á la salvación de su querido Hijo. ¡Oh! ¡quién podría expresar, yo no diré la inquietud, la agitación y el terror de esta Madre tierna, sino la prontitud de su fe en las palabras del ángel y de José, su obediencia, su celo, su valor, la generosidad en fin con que se prepara sin la menor duda ni dilación á un viaje largo y penoso á través de un país desconocido! Sólo piensa en las cosas que son necesarias para su divino Hijo; y mientras José se encarga del pequeño equipaje, y une á él los objetos que encuentra á la mano y que podrán ser más útiles durante el viaje, y en particular el oro de los magos, recurso precioso en tal coyuntura, María saca de la cuna al divino tesoro, y cubriéndolo lo mejor que puede, lo pone en sus brazos y lo estrecha sobre su corazón.

¡Adiós de nuevo, patria, casa de Nazaret, adiós hasta que la divina providencia disponga que volvamos á cobijarnos bajo tu techo! La noche está todavía cerrada, y cubre á la naturaleza con tenebroso velo. Los dos augustos esposos parten sin ser notados con el alma puesta en Dios; aceleran su marcha cuanto pueden, para que no los sorprenda la aurora en un sitio ó en un camino donde puedan ser reconocidos, y fuera ya de peligro, no dejan ya de alejarse más y más; cada hora les parecía un año, hasta verse fuera del territorio sometido á la dominación del tirano que los persigue.

Pero en este punto, cristianos, me figuro que alguno de vosotros desea saber algunos detalles propios, es verdad, para satisfacer la piedad, pero que es imposible comprobar con certeza. Y en primer lugar, María tan joven, tan tierna y delicada, que á menudo si no siempre habrá llevado en sus brazos su amantísimo Hijo, y que de vez en cuando habrá querido nutrirlo con su leche virginal, ¿hizo á pie tan largo viaje? ¿No lo hizo sentada, como la habéis visto con frecuencia en los cuadros que representan su fuga, sentada sobre una apacible cabalgadura que conducía José con su mano, ó la de un ángel bajado del cielo para este fin? Esta suposición, amados oyentes

mios, no tiene más fundamento que el de la posibilidad del hecho, y sólo ha sido inspirada por el deseo de disminuir, cuanto fuese posible, las incomodidades de esta Madre cariñosa durante su viaje. Por lo demás, José, tan prudente como afectuoso, no habrá dejado de pararse todas las veces que su tierna esposa haya tenido necesidad de descanso, y de prodigarle los auxilios que fueran capaces de aliviar las fatigas de tan larga peregrinación. Pero ¿qué de accidentes, qué de peligros, qué de molestias, qué de sufrimientos no habrán tenido, ¡ay! Indudablemente habrán necesitado atravesar desiertos, vastas soledades, ríos y torrentes caudalosos; quizá les habrá sido necesario alojarse en malas hospederías, ó pasar las noches sin cama y sin abrigo; tal vez habrán carecido de viveres ó de agua en medio de ardientes arenas; quizá también, porque sólo pueden hacerse suposiciones, todas verosímiles, todas permitidas á la piedad; quizá... Pero, hermanos míos, la Santa Familia fugitiva estaba bajo el ojo vigilante y bajo la mano paternal de la providencia! ¿Qué tenia, pues, que temer? ¿Y debe causar admiración el que haya cruzado este gran trayecto sin accidente, y que haya llegado felizmente al término de su viaje?

Pero el Egipto es vasto; ¿hacia qué parte se dirigió José, y en qué ciudad fijó su residencia? Yo no podría decirlo, cristianos, y sobre esta materia sólo veo en los autores que la han tratado, conjeturas é incertidumbres. Después, cuando entró Jesús en aquel país infiel y pagano, ¿no sucedió ninguna cosa extraordinaria? Dícese que los ídolos fueron derribados de sus altares y hechos pedazos por el suelo; se habla de una legión de demonios que se vio huir de los templos profanos que les estaban dedicados; y se hace mención de un árbol llamado Perseo, de una altura prodigiosa, que dobló hasta la tierra la cima de sus ramas para adorar á Jesús, cuando entraba en Hermópolis. Todas estas particularidades, cristianos, son muy inciertas, porque sólo se apoyan en opiniones populares que no pueden dar á la creencia un sólido fundamento. Dejemos ahora á esta familia bendita descansando en paz en la tierra del destierro, y volvamos al tirano que acaba de perder la presa que codiciaba su furor.

Herodes había aguardado con impaciencia la vuelta de los magos. Viendo, por último, que hacia ya mucho tiempo que debían haber regresado, tomó informes, con el sigilo necesario para no revelar la violenta ira que abrigaba su pecho, y habiendo sabido que habían tomado otro camino diferente para restituirse á su país, intentó tal vez calmar su despecho, lisonjeándose con que los magos habían visto defraudadas sus esperanzas; con que no habiendo encontrado

lo que buscaban, y no atreviéndose á confesarle que su profecía, su estrella y su esperanza no eran más que una ilusión, una quimera, habían resuelto ocultar su confusión y tomar secretamente el camino de su país. Este pensamiento calmó un poco los temores, y apaciguó hasta cierto punto la cólera del tirano. Pero he aquí que á los cuarenta días del nacimiento del Niño, y con motivo de su presentación en el templo, acontecieron grandes prodigios; indudablemente el público no debió tardar en saber lo que Simeón y Ana, estos dos venerables ancianos, estos dos profetas tan respetables, habian dicho acerca de este Niño admirable en presencia de un concurso tan numeroso. Apenas llegó esto á noticias de Herodes, se exaltó de nuevo su enojo y su furor. Entonces conoció que los magos no habian temido faltar á su palabra, y que lo que habian dicho del nuevo rey de Israel era por desgracia suya demasiado cierto. Pero ¿en dónde vivía este temible competidor que venia á disputarle su corona? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cuál era su familia? Por más investigaciones que mandó hacer, le fué imposible el averiguarlo. ¿Qué va, pues, á hacer? Lo que jamás ha imaginado el más cruel y sanguinario de los reyes. Para hacer perecer á un solo niño que no conoce, va á mandar degollar á todos los de su edad que se hallan en el territorio en que ha nacido el que es objeto de su celosa rabia. Resolución muy digna de un príncipe que no se horrorizó de mojar sus manos en la sangre de sus hijos, por la simple sospecha de que querian suplantarle; y con este motivo, según Macrobio, César Augusto decía que valia más ser puerco de Herodes que hijo suyo, puesto que estos animales, que los judíos no mataban, no tenían que temer el furor de aquel príncipe sanguinario. Herodes, pues, da la orden bárbara de degollar en el recinto y hasta los confines del territorio de Belén á todos los niños de dos años abajo, según el tiempo que le habia sido indicado por los magos.

¿Pero será menester decir que en virtud del informe de los magos han transcurrido dos años desde que apareció la estrella, y por consiguiente desde el nacimiento del rey de los judíos que Herodes procura hacer morir? Débil argumento, hermanos míos; porque, dice San Crisóstomo, este exceso de precaución le fué inspirado por su despecho y por el temor de que se librara de la degollación el Niño contra quien se dirigia; el motivo que le hizo traspasar los límites del lugar, le hizo traspasar igualmente los de la edad; y en efecto, si creía que el Niño habia nacido dos años hacia próximamente, ¿por qué comprende en su bárbaro decreto á los niños de un año, y aun á los que sólo tienen algunos meses ó días?

Ya estamos pues, cristianos, en la degollación de los Inocentes, en esta degollación de horrible memoria, que desoló tantos corazones é hizo verter tantas lágrimas. El territorio de Belén es invadido en el mismo día y á la misma hora por los verdugos, que habian conquistado por su culpable adhesión la confianza de aquel monstruo. En todas las casas donde hay niños de esa edad, aparecen de repente aquellas figuras siniestras y feroces, llevando en la mano el puñal homicida; nada se oculta á sus furiosas miradas; todo lo exploran, todo lo recorren; sus manos crueles se sumergen en los lechos y en las cunas, arrancando del pecho mismo de sus madres á los tiernos objetos de su cariño; ellos degüellan á sangre fría á aquellas criaturas inocentes, clavando su daga en sus delicados miembros.

¡Oh Dios! ¿quién podría contemplar sin horror aquella horrible carnicería, aquellas heridas atroces, aquella sangre que corre, aquellos cuerpecitos atravesados, esparcidos por todas partes, mojados en su sangre? ¿Quién podría, sobre todo, contemplar á aquellas pobres madres, testigos de tan horrible catástrofe? ¿Cómo pintar las angustias, los llantos, los gritos, las lamentaciones que se levantan al cielo, invocando la justicia divina, llamando el rayo de la venganza contra aquel rey impío y los ministros de su crueldad? ¡Oh! ¿con qué heroico esfuerzo luchan las unas contra aquellos feroces asesinos! ¿Con qué abnegación las otras protegen y defienden á sus hijos con sus manos, sus brazos y sus pechos! Estas procuran sustraerlos, ocultarlos, cubrirlos, pero en vano, porque sus gritos inocentes les hacen traición; aquéllas, por el contrario, luchan contra los verdugos, arrancan á sus hijos de su mano homicida, y los oprimen énergicamente contra su corazón.

«Déjame, exclama una, déjame, bárbaro, el fruto de mis entrañas. ¿Por qué, grita otra, me separáis de aquel á quien yo he dado existencia? Monstruo, dice ésta, ¿apenas ha visto la luz, y ya quieres sumirlo en las tinieblas de la muerte! ¡Hiéreme á mí primero, máteme, pero, por piedad, perdona á este inocente!» Y al mismo tiempo quizá, de todos aquellos labios sale la misma oración:

«Salvador tan deseado, ¡ah! si es cierto que ya os halláis entre nosotros, ¿por qué no nos salváis? ¿Por qué os ocultáis de esta persecución? Vos no tenéis nada que temer, porque sin vuestra voluntad no puede suceder mal alguno. Dignaos, pues, de mostraros, y conservad así la sangre y la vida de nuestros hijos.» Así, dice San Agustín, se mezclaban y confundían las dolorosas lamentaciones de las madres, mientras que la sangre inocente subía hacia el trono de Dios, como un sacrificio de agradable olor.

Ni el texto sagrado, ni ninguno de los antiguos padres no nos dicen cuál fué el número de aquellas santas víctimas. El número de catorce mil que hallamos en el Menólogo griego y la liturgia etiope es muy exagerado. ¿Quién podría, en efecto, creer que entre los confines tan estrechos de Belén hubiese nacido un número tan crecido de niños varones en el espacio de dos años? Por esto Bollandus tiene con razón por fabulosa esta evaluación. No sucede lo mismo con la opinión de Pedro de Alejandria, expresada en sus *Canones eclesiásticos*, que fueron adoptados por el sexto concilio general; opinión que no es de despreciar ciertamente, y según la cual Juan Bautista, hijo de Zacarias, habria sido comprendido entre los niños condenados á muerte por Herodes; pero habiendo sido sustraído por su madre que lo ocultó en la falda de un monte, Herodes, defraudado en sus esperanzas, habria, según este parecer, hecho morir al padre Zacarias entre el templo y el altar para vengarse y satisfacer su furor. Es verdad que Juan Bautista, nacido y habitando en Hebrón, estaba fuera del distrito de Belén; libre por esta causa del sanguinario edicto; pero como, dice muy bien Baronius, Herodes, agitado por las sospechas que despertaba en él la venida del rey de los judíos recién nacido, y habiendo sabido las circunstancias prodigiosas de la concepción y el nacimiento del hijo de Isabel, pudo muy bien temer que fuese aquella criatura la que viniera á apoderarse de su corona, y que enviara á Hebrón la orden cruel de matarlo.

Después de haber presenciado tan cruel é injusta degollación, sólo nos resta aliviar nuestro oprimido corazón con algunas reflexiones consoladoras acerca de la gloria inefable que ganaron en este sangriento sacrificio, no sólo el Señor, sino más todavía las víctimas que fueron inmoladas por su nombre y por su gloria.

Respiremos.

Que Raquel inunde de lágrimas su tumba; que llene á Roma de gritos y lamentos que arranque de su pecho la degollación de sus numerosos hijos, tan tiernos é inocentes; que las madres desdichadas que presencian la bárbara carnicería de sus hijos se entreguen á la desolación y hagan resonar con sus quejidos sus ensangrentadas habitaciones; por eso no dejará de ser cierto, como lo dice San Agustín, que nunca aquel rey impío, aquel monstruo desnaturalizado, no hubiera podido, con su protección y dones regios de toda clase, hacer tanto bien á aquellas criaturas como les hizo con la horrible matanza que decretó su implacable enojo. Estos niños perdieron, es verdad, una vida apenas comenzada; pero ellos la cambiaron por otra nueva, gloriosa, inmortal y soberanamente feliz. Sacrificados por odio al

Cristo, fueron los primeros que le tributaron el más honroso testimonio, y, sin saberlo ellos, fueron los primeros mártires, las perlas más brillantes de la Iglesia cristiana. ¡Oh! ¡cuán resplandecientes de gloria y con qué admiración y regocijo fueron recibidos por los antiguos justos, cuando bajaron al seno de Abraham, llevando en sus manos palmas gloriosas, y en su frente coronas de luz! ¡Qué circundados iban de gloria, y qué santa emulación despertaron en el corazón de aquellos millares de justos, cuando se levantaron más tarde para acompañar al Salvador resucitado y triunfante! ¡Y qué dicha los embriagó, cuando se juntaron con la ilustre falange de aquellos escogidos que, bautizados con su propia sangre, lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero inmaculado, y vírgenes á la vez y mártires, acompañan á todas partes al divino Cordero, dichosos porque pueden entonar en honor suyo el nuevo cántico de triunfo que sólo ellos pueden cantar en aquella corte celestial! ¡Oh almas inocentes, qué dicha ha sido la vuestra, qué tesoro de gloria y de felicidad os ha valido la sangre que habéis derramado por el Cristo!

¡Ay! si nos viéramos nosotros, carísimos hermanos, obligados á sacrificar por el Señor una vida de que gozamos tanto tiempo hace, y que hemos tal vez empleado en detrimento de nuestras almas más bien que en provecho suyo, una vida que hemos empleado quizá en ultrajar á Dios en lugar de glorificarlo, ¿con qué ojos contempláramos esta necesidad? ¡Ah! ¡dignese la bondad divina no sujetarnos á tan terrible prueba! ¡Cuántos, en efecto, entre los discípulos de Jesucristo serian bastante cobardes é indignos del nombre de cristianos para mirar esta necesidad, como una insignie desgracia y causa legítima de un dolor inconsolable! ¡Cómo! ¡morir por Jesucristo seria una desgracia! ¡Seria una desgracia morir por no ofenderlo, morir por darle una muestra de nuestro amor, de nuestra fidelidad y de nuestra gratitud! ¡Seria una desgracia morir por merecer en el cielo una corona de gloria y un trono brillante entre los confesores, entre los más felices habitantes de la celeste Jerusalén! Adoradores del Cristo que me escucháis, quizá á ninguno de nosotros nos sea concedida una gracia tan inefable; pero si no nos es permitido hacer por Jesucristo el sacrificio de nuestra vida, ¿por qué al menos vacilaríamos en sacrificarle un placer, una ganancia mezquina, un vil interés, una posición, un destino que nos expone á faltarle á la fidelidad que le debemos, y á perder la vida eterna? ¡Ah! antes de ofender la infinita hondad suprema, y de perder el bien supremo de nuestra salvación eterna, renunciemos á todo honor, á todo interés, á todo placer; sacrifiquemos por el Señor la última gota de nuestra sangre!

## JESÚS EN EL TEMPLO

*Defuncto autem Herode, ecce angelus Domini apparuit in somnis Joseph, in Egypto.*

Luego después de la muerte de Herodes un ángel del Señor apareció en sueños á José, en Egipto.

(MATHEO, c. 2, v. 13.)

¿Por qué se han estremecido las naciones? ¿Por qué los pueblos seducidos han meditado vanas conjuraciones? *Fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?* ¡Cuántas veces los reyes y los príncipes de la tierra se han alzado y coaligado contra el Señor y su Cristo! Ellos han dicho: «Rompamos los lazos que Dios y su Cristo nos han impuesto, y rechazemos el yugo que nos oprime: *Dirumpamus vincula eorum, et proficiamus a nobis jugum ipsorum.* Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos, el Señor se burlará de sus vanos esfuerzos: *Qui habitat in caelis, irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* El les hará oír el rugido de su cólera y sembrará en sus ánimos la turbación y el espanto: *Tunc loquetur ad eos in ira sua, et in furore suo conturbabit eos.* Yo soy, dice el Cristo, á quien Dios ha hecho rey de Sión, su montaña santa, para anunciar á los pueblos su ley: *Ego autem constitutus sum rex ab eo super Sion montem sanctum ejus, predicans praeceptum ejus.* A mí me ha dicho el Señor: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado en la eternidad, y te engendro hoy mismo: *Dominus dixit me: Filius meus es tu, ego hodie genui te.* Pideme lo que te plazca, porque yo te daré las naciones por patrimonio, y la tierra para que imperes en ella. *Postula me, et dabo tibi hereditatem gentes et possessionem tuam terminos terra.* Tú despedazarás á tus enemigos con un cetro de hierro, tú los reducirás á polvo como á un vaso de arcilla, tú los pondrás bajo tus pies: *Reges eos in virga ferrea, et tanquam vas figuli confringes eos.* Y ahora, ¡oh reyes, jueces de la tierra! vosotros, todos los que sois enemigos de Dios y de su Cristo, instruís, temed y temblad: *Et nunc reges intelligite: erudimini qui judicatis terram;*

*servite Domino in timore, et exsultate ei cum tremore.* Carísimos oyentes: Jesucristo, perseguido y condenado á muerte desde su nacimiento, se libra de toda persecución; vive, reina y reinará eternamente. El perseguidor, por el contrario, el tirano que intenta hacerlo morir, cae, la muerte lo arrebató, y perece por toda la eternidad.

Apresurémonos á tratar un asunto tan á propósito para interesarnos. *Ave Maria.*

Estaba decretado en los consejos de Dios que el divino Niño no permanecería en Egipto más que hasta la muerte de Herodes. Jesús permaneció, pues, en aquella tierra de destierro tanto tiempo como vivió Herodes después de la degollación de los Inocentes. El uno da á Herodes un año de vida después de la huida del Salvador; el otro tres años, éste cinco, aquél seis, según los diferentes cálculos y suposiciones en que se fundan. Siendo de poca importancia esto en el fondo, me abstendré de entrar en estas cuestiones cronológicas; bástenos saber lo que nos dice acerca de este punto el Evangelio, es decir, que Herodes murió, y que inmediatamente el ángel, conforme á su promesa, hizo conocer á José que debía regresar á la tierra de Israel.

Murió, pues, aquel rey impío; murió aquel monstruo de crueldad, el primer perseguidor de Jesucristo, y su muerte fué horrible, tal como la merecían sus crímenes execrables, y especialmente el de haber atentado, con tanta impiedad, contra la vida de un hombre Dios. Después de haberse manchado con la sangre de tantos niños, con la de su yerno, la de tres de sus hijos y una esposa inocente que había él amado con ternura, no fué por falta de voluntad si no mojó sus manos en la sangre de los judíos más distinguidos. En efecto, durante su última enfermedad, lo había mandado encerrar en el Hipódromo con orden de degollarlos cuando lanzara su postrer suspiro, para obligar de aquel modo á la Judea á cubrirse de luto á la muerte de su rey, porque estaba convencido de que sin tal barbarie, el último de sus días sería uno de júbilo y alegría en toda la Judea, dichosa con verse libre del más abominable de los tiranos. Pero después de tantos crímenes, Herodes fué al fin castigado aun antes de morir, de una manera terrible, por una enfermedad cuya descripción no puede leerse sin horror en Josefo, autor judío. Un fuego lento quemaba sus entrañas y consumía su carne y su piel. Atormentado por un hambre que no podía saciar, veía sus miembros devorados por la podredumbre y por gusanos asquerosos que no lo dejaban descansar; añádate á esto la fiebre, la disenteria, la gata, el

asma sofocante, una hediondez insoportable, convulsiones frenéticas, un dolor, en fin, tan vivo y penetrante, que intentó arrancarse la vida con sus propias manos. Tales fueron el fin de la vida y el principio del infierno de aquel rey impío; ejemplo terrible que ofrece el cielo á los tiranos, á los que se deleitan en hacer perecer á sus semejantes, á los que aborrecen y persiguen á Jesucristo.

Vamos ahora á incorporarnos con Jesucristo para volver con él, libre felizmente de todo peligro, bastante crecido tal vez para no necesitar venir ya en los brazos de su madre. El ángel se ha presentado á José durante su sueño, y le ha invitado á levantarse pronto. Observad aquí, hermanos míos, que nada obligaba á darse tanta prisa; sin embargo, para que conozcamos cuán hermosas y propias para el trabajo son estas horas primeras del día, que tantas personas dedican á la molición y al reposo, y cuánto conviene no desperdiciar las primicias de la mañana, el ángel ordenó á José que se levantara sin dilación y se preparara muy temprano para el largo viaje que va á emprender: «Levántate, le dice el espíritu celeste, toma al niño y á su Madre, y vuelve á Israel, porque los que querían quitar la vida al Niño, han muerto.» Parece que otros personajes, quizá los cortesanos y los ministros de aquel rey cruel, habían sido arrebatados por la muerte y precipitados en los infiernos.

El buen José, á quien llena de consuelo esta noticia, se apresura á comunicarla á su querida esposa, y se prepara en seguida á volver á su patria con su amable compañera. ¡Oh! ¡qué hermoso viaje, amados oyentes míos, el que se hace con Jesús, María y José! ¡En todas partes se está bien con tan santa compañía! Y si nosotros queremos, ¿no está en nuestra mano el vivir siempre unidos con el espíritu y el corazón á esta angusta familia? Es verdad que no tenemos la dicha de tenerlos presentes ante nosotros; pero eso, ¿qué importa? ¿No nos ven ellos á nosotros? ¿No oyen nuestras palabras? ¿No se ponen á nuestro lado apenas queremos conversar con ellos, bendecirlos, alabarlos é invocarlos? ¡Ah! Supuesto que nosotros deseamos tan ardentemente, supuesto que pedimos en nuestras oraciones que vengan á nosotros y nos protejan en el terrible trance de nuestra muerte, ¿porqué no procuramos merecer ese favor tan señalado, manteniéndonos cuanto nos sea posible en su santa compañía, figurándonos día y noche, durante el descanso ó el trabajo, que estamos junto á Jesús, María y José?

Sigamos ahora sus pasos. Sin motivo, en efecto, para apresurarse, caminan exentos de todo temor, y se acercan á los confines de la Palestina. José, el jefe de esta angusta familia, dudaba si debía fijar

su residencia en la Judea propiamente dicha, cuyo gobierno habia sido confiado por César Augusto á Arquelao, uno de los hijos de Heródes (quien sin embargo no tenia el título de rey), ó bien si debia dirigirse á Galilea, que erigida en principado independiente, habia tocado en la partición á Herodes Antipas, hermano de Arquelao. Este último habia heredado la ambición y la crueldad de su padre, y José lo sabia antes de partir á Egipto.

El carácter de este príncipe le hacia pues temer que Jesús no estaria seguro en el territorio de su dominación. Agitado por la duda y el temor se durmió durante la noche, y (¡oh tierna solicitud del Padre celestial en favor de su Hijo hecho hombre!) el ángel del Señor le aconseja á José en su sueño que vuelva á Galilea y entre en su casa de Nazareth. José obedece, y desde este momento el Salvador va á pasar en esa pequeña ciudad afortunada, no sólo algunos meses sino muchos años, hasta que oportunamente para él los tres últimos de su laboriosa vida. Por eso ha sido llamado con razón el Nazareno, puesto que se ha encarnado y ha habitado tanto tiempo en Nazareth. A medida que crecía en edad, crecía también, ó parecia que crecía también, en sabiduría y gracia á los ojos de Dios y de los hombres. Hasta el duodécimo año de Jesús, ninguna nube vino á turbar la calma y la serenidad, de que gozaban las santas almas de María y de José; pero Dios los amaba muy tiernamente para dejarlos más tiempo sin enviarles alguna aflicción. ¡Escuchad, almas fieles, y ojalá que mis palabras puedan consolaros en vuestras tribulaciones!

María y José, religiosos observadores de la ley, iban todos los años de Nazareth á Jerusalén para celebrar en el templo del Señor la Pascua, y llevaban consigo á su hijo Jesús. Ahora bien; cuando Jesús llegó á los doce años de edad, se dirigieron allí según su costumbre, y transcurridos los días de la fiesta, llegado el momento de regresar, partieron, y sin que ellos lo observaran, Jesús se quedó en Jerusalén. No es fácil, en verdad, explicar semejante inadvertencia. ¡Cómo! ¡María y José pierden de vista al divino Niño, y no advierten que lo dejan solo! Según el texto sagrado, ellos creyeron que Jesús estaba con los parientes y amigos que volvían de Jerusalén á Nazareth. Yo contemplo como cierta esta creencia; pero ¿cómo no se aseguraron de ello? ¿Cómo María, María especialmente, madre tan cariñosa, que no veía, por decirlo así, más que por los ojos de su Hijo, cómo puede ella resolverse á partir sin él, sin llevarlo consigo? ¿Cómo puede pasar un día completo sin verlo, sin hablarle?... Se responde que como ella era tan buena, cediendo á veces á las instancias de sus parientes y amigos, les permitia guardar á su querido Hijo, y que por

esta misma causa pudo persuadirse fácilmente de que lo habian guardado esta vez consigo para disfrutar durante su viaje de su amable compañía. Añádese que ella conocia muy bien á su Hijo para no estar enteramente tranquila respecto de él, cualquiera que fuese la compañía á que se hubiera agregado. Se responde también que, según el uso establecido, los hombres hacian este viaje religioso separados de las mujeres, y que los niños iban indistintamente con su padre ó con su madre.

Estas diversas explicaciones, hermanos míos, y en particular la última, no son despreciables. Confieso, sin embargo, que no me satisfacen plenamente, que no puedo entender naturalmente, ni explicar esto, y que para hacerlo necesito recurrir á una disposición sobrenatural y divina. Sí, yo creo que Dios permitió, que Dios quiso que María y José descansasen en esta idea de que Jesús iba en compañía de sus parientes y amigos; y Jesús, que para conformarse con la voluntad del Padre celeste queria quedarse en Jerusalén, se separó de María y de José, y se ocultó de tal suerte, que no pudieron notarlo ni sospechar que se habia quedado en Jerusalén.

De este modo María, bien fuese en compañía de las otras mujeres, ó en la de su esposo, llegó al fin del día, de aquel día que debió parecerle tan largo, separada de su Jesús; entró en la hospedaría, donde tenia costumbre de pasar la noche; al regresar de Jerusalén á Nazareth. Imaginaos con qué afán se informó de José ó de los parientes en cuya compañía juzgaba que venia Jesús. ¡Oh Dios! ella ve á éstos, pero no á su Hijo; ella pregunta, y todos se sorprenden, manifiestan su admiración, y dicen que no saben nada acerca de Jesús, ¿Cómo! ¿Jesús no ha venido con vosotros?—No. Tal vez venga con otros amigos que deben llegar de un momento á otro... Pero éstos llegan, y tampoco tienen noticia de Jesús. ¡Oh cariñosas madres que me escucháis! vosotras podéis, como nadie, figuraros cuán vivamente debió commoverse el corazón de una madre sensible. María palideció sin duda, tembló, y estuvo á punto de desmayarse de dolor; pero el primer movimiento que le inspiró su maternal amor tan cruelmente herido, fué ciertamente volver atrás sin dilación, recorrer otra vez el camino que habia andado, y volar en busca de su único y soberano bien perdido.

José confuso, intranquilo, mezcla sus suspiros con los de su esposa, y agitado por mil pensamientos aflictivos, no sabe qué decirle, no sabe qué resolución tomar. Preciso sin duda era retroceder y buscarlo hasta dar con él. ¿Pero durante la noche? ¡Sin aguardar al nuevo día! ¿Y si se hubiera refugiado en alguna casa fuera del camino,

si algún amigo lo hubiese llevado á alguna posada distante?... El Evangelio no dice expresamente lo que determinaron; pero diciendo que no lo hallaron hasta el tercero día, da á entender, que juzgando inútil y aun contrario á su objeto el buscarlo en medio de las tinieblas de la noche, aguardaron la aurora y pasaron la noche en la hospedería. ¡Oh noche de angustias, sollozos y llanto! Ellos saben que el Niño cuya pérdida lloran, es un niño Dios; pero saben también que obra en todas las cosas como los demás hombres, que sufre como ellos, que quiere como ellos someterse á las necesidades, á los peligros y desgracias de la vida. «¡Ah! repite cien veces esta pobre madre: ¿dónde está mi Hijo? ¿Quién me dirá lo que hace, lo que sufre? ¡Yo te he perdido, luz de mis ojos, mi tesoro, mis delicias, mi corazón, mi vida! ¡Perdiéndote á ti, lo he perdido todo! Tal vez ahora llamas á tu madre, buscas á tu madre... ¡Y tu desgraciada madre no te responde y se arroja hacia ti para estrecharte contra su corazón! Hijo mío, por piedad, haz que te halle pronto, porque no puedo vivir sin ti.» Lo que aumenta más todavía el dolor de esta tierna madre, de este guardador tan afectuoso, es la duda y el temor de que esta pérdida haya sido ocasionada por su culpa, por negligencia suya. Tal vez se reprochaban mutuamente esta pérdida tan dolorosa, y no podían explicarse cómo habían permitido que se separara de su lado su querido Niño... ¡Ah! ¿quién podría decir todos los sentimientos que sugiere un amor paternal herido, un dolor que se funda en la ternura de una madre?

Por fin pasó aquella noche de tristeza y de lágrimas, y mucho antes de la aurora ya estaban dispuestos María y José para ponerse en camino. Apenas comenzaba á despuntar el alba, bajan al camino de Jerusalén para recorrerlo de nuevo. ¡Ah! indudablemente no tropiezan con nadie, no dejan atrás una casa sin preguntar por Jesús: *Nam quem diligit anima mea vidistis?* Por favor, ¿no habéis visto al objeto de mi amor, á mi hijo Jesús? ¿No ha venido aquí? ¿No ha pasado en compañía de otros? *Nam quem diligit anima mea vidistis?* Y siguen caminando sin descanso, sin pensar en reparar sus fuerzas con un poco de alimento. ¡Ah! ¡El amor y el ardiente deseo de recobrar el bien perdido sostienen sus fuerzas! Entretanto, el camino que tenían que recorrer y las numerosas investigaciones que hacen absorben todo el día, de modo que ya es cerrada la noche cuando entran en Jerusalén. De seguro lo han buscado en las posadas; pero todo ha sido inútil. No les queda más esperanza que la de hallarlo al día siguiente en el santo templo. ¡Ah! si se ha quedado en Jerusalén, no puede estar más que en el templo del Señor.

Nunca pareció una noche más larga que aquella; nunca la aurora fué aguardada con impaciencia mayor. Ya María y José están á la puerta del lugar sagrado, esperando el momento en que se permite la entrada al pueblo. En otra parte se habían reunido los doctores de la ley, y sentados formando un círculo se ocupaban en discutir acerca de las cosas divinas. Allí se dirigían los esposos con toda precipitación, con el corazón agitado por la esperanza y el temor. ¡Helo allí en fin! ¡Oh momento feliz! ¡Oh alegría verdaderamente inefable! Contemplan á Jesús en medio de aquellos sabios, de aquellos graves y encanecidos doctores. Sentado debajo de ellos, prestaba atención á sus lecturas; los interrogaba acerca de los puntos más difíciles y oscuros; respondía á su vez á todas las preguntas, y esto con tal madurez, tal sabiduría, tal claridad, que todos aquellos hombres que habían profundizado las divinas Escrituras, todos aquellos maestros de Israel, fijando sus miradas en aquel niño de doce años, inmóviles de admiración, parecía, dice el texto griego, que estaban fuera de sí mismos.

Transportados con la alegría de haberlo hallado, María y José se sorprendieron además grandemente, viéndolo por la vez primera hacer en público como un ensayo de su divina sabiduría. Disuelta la asamblea, y cuando María vió alejarse á los ancianos que rodeaban á Jesús y lo colmaban de caricias, se acercó á él, y no pudiendo prescindir de reconvenirle afectuosamente por la inquietud y el pesar que les había causado su ausencia: «¡Ah! hijo mío, le dijo besándolo con ternura, ¿por qué te has portado así con nosotros? *Fili, quid fecisti nobis sic?* ¡Oh! ¿con cuánto dolor te hemos buscado tu padre y yo! *Ecco pater tuus et ego dolentes querebamus te.*» A esta queja tan amorosa, Jesús respondió con la dignidad conveniente á aquel cuya alma está llena de los más sublimes pensamientos: «¿Por qué me habéis buscado con tanta inquietud y agitación? *Quid est quod me querebatis?* ¿No sabiais que yo debo estar donde me llaman las cosas y la voluntad de mi Padre?» Tales son las primeras palabras que el Evangelio nos refiere del Salvador, palabras muy dignas de un Hombre Dios. María y José, sin comprenderlas bien, adoraron con fe viva el sentido profundo de esta respuesta divina. Comprendieron, y esto bastaba para su instrucción, que Jesús no se inquietaba, y no debía inquietarse, de la carne ni de la sangre, cuando se trataba del servicio y de la gloria de Dios. Habiéndolo colocado en medio de los dos, y apretándole, me imagino que con más afecto que nunca, sus dos manos divinas, lo volvieron á llevar consigo á Nazareth. ¡Oh! ¡qué alegres y risueñas les parecían ahora las casas que guarnecían el camino que volvían á recorrer!

Lo que hizo Jesús desde los doce hasta los treinta años de su vida, lo veremos en pocas palabras.

Habiéndose restituido y permaneciendo Jesús en Nazareth con su madre y su padre putativo, ¿en qué se ocupaba durante los años que pasaron desde el duodécimo hasta el trigésimo de su vida? ¿En qué empleó tan largo periodo de tiempo? La historia sagrada se contenta con decirnos que estuvo sometido y fué obediente á María y José: *Et erat subditus illis*. Jesús, pues, hizo en Nazareth una vida privada, oculta, obscura y menospreciable á los ojos del mundo. Pero ¡cómo! ¿No podía, á lo menos cuando salió de la infancia y llegó á la época de la juventud, no podía entrar en la ilustre carrera que debía recorrer más tarde, darse á conocer, anunciar su celestial doctrina, crear discípulos, atraerse las gentes, y comenzar á fundar el nuevo reino que había venido á establecer en la tierra? ¿No podía ya convertir á los pecadores, ahuyentar á los demonios, sanar los enfermos, volver la vista á los ciegos, y resucitar los muertos?...

¡Ah! sí; bien podía hacerlo, pero aquella no era todavía la voluntad de su Padre celestial, y Jesucristo no quería ni tenía más regla de conducta que el cumplir los mandatos de su Padre: *Ego que placita sunt ei, facio semper*. ¡Grande lección para nosotros, amados hermanos míos! La regla de nuestra vida, de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, ¿qué digo? la regla de toda virtud, de toda santidad, de toda perfección, no es ni puede ser otra más que la voluntad de nuestro soberano Señor, la voluntad de Dios: *Et erat subditus illis*.

Así Jesús, en su pobre casa, ayudaba á sus pobres padres en sus faenas y ocupaciones diarias, según sus necesidades y su deseo; y puesto que José era un artesano, puesto que era carpintero, según la opinión más general, ¿quién rehusará el creer que Jesús trabajaba con sus manos en un humilde taller? ¡Oh! maravilloso espectáculo para el cielo y la tierra, el ver á ese divino Niño manejando los instrumentos de un arte mecánico con las mismas manos que crearon el sol y las estrellas del firmamento, el verlo atento á las instrucciones y señales de su augusto guardador, participando del trabajo como un aprendiz, y mojado con el sudor de su rostro el pan de sus modestas comidas! *Et erat subditus illis*. ¡Cómo! ¡El Hijo de Dios se somete y obedece á sus criaturas!... ¿Y cómo puedes mirar tú semejante espectáculo, orgulloso mortal, tú que aborreces tanto la dependencia, la sujeción; tú que no reconoces autoridad divina ni humana, por antigua y augusta que sea, tú que ni siquiera te dignas someterte á los autores de tus días, á los que te han dado el ser y la vida? *Erubescere*,

*superbe cinis*, dice San Bernardo; ruborízate, polvo orgulloso, á la faz de un Dios que únicamente por tu amor, únicamente por tu bien, se ha hecho obediente, á la vista de un Dios que se ha dignado obedecer y someterse á una pobre mujer y á un pobre artesano: *Erubescere, erubescere, superbe cinis*.

## JESÚS EN NAZARETH Y EN EL JORDÁN

*Ecco testem populus dedi eum, auctorem ac proceptorem gentibus.*

Le he dado como testigo de la verdad á los pueblos, como maestro y jefe á las naciones de la tierra.

(ISAÍAS, c. 55, v. 4.)

Del Hijo unigénito del Padre celestial, de Jesucristo, nuestro Redentor, es de quien, por boca del profeta Isaías, dijo el Padre eterno estas divinas palabras. El profeta las escribió 700 años antes del nacimiento del Salvador, y ellas anuncian á la vez, la autoridad divina que Jesús había de ejercer como Hombre-Dios, y la benigna y saludable influencia que había de tener su encarnación en el éxito de la misión que venía á realizar. Autoridad divina, potentísima en los admirables é inauditos prodigios que realizó durante los tres años de su vida evangélica. Las leyes de la naturaleza suspendidas á su arbitrio y según los diversos actos de su voluntad omnipotente; las enfermedades más inveteradas, las más desesperadas, curadas á la sola indicación de su palabra; los muertos resucitados; el mismo resucitado por su propio poder de entre los muertos, y, lo que es aún más admirable, este inmenso poder suyo comunicado, después de su desaparición de la tierra, á centenares de hombres que usaron de poder tan omnimodo, con la misma facilidad que él, y como él obraron los prodigios más sorprendentes, y, según su promesa, más maravillosos aún que los por él mismo realizados.